

WILLEY, GORDON R. *et al.* Prehistoric Maya settlements in the Belize Valley. *Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*. Harvard University, vol. LIV. Cambridge, Mass., 1965. xxix + 589 pp.

Esta importante obra presenta parte de los resultados obtenidos en el curso de una investigación de varios años (desde 1953 hasta 1956 en trabajos de campo, y posteriormente el estudio del material hasta su elaboración para la publicación) realizada por numeroso grupo de especialistas bajo la dirección de Gordon R. Willey. Falta aún la publicación del análisis de la cerámica, del que sólo un resumen se incluyó como capítulo de la obra que reseñamos, aparte de tablas con datos estratigráficos.

Es bien sabido que hasta la fecha la investigación arqueológica en Mesoamérica ha sido enfocada principalmente hacia los centros ceremoniales, lo que se justifica dada la importancia de tales centros y la información que su estudio proporciona sobre los aspectos asociados a la vida ritual y política de los antiguos pueblos mesoamericanos, concretamente la arquitectura y otras manifestaciones estéticas, las inscripciones jeroglíficas, las tumbas de los señores y sacerdotes. En cuanto a la vida del pueblo que con su trabajo sustentó la edificación de los centros ceremoniales, muy poco se ha investigado aún.

El estudio de los asentamientos de población se inició en forma sistemática en tiempos recientes, aunque algunos investigadores habían anteriormente tocado el punto, como Eric Thompson desde 1927 en Honduras Británica, en una región cercana a la que estudió Willey y sus colaboradores. Es obvio que no se podrá tener un cuadro completo de las culturas antiguas de América, mientras no se disponga de una información extensa y detallada obtenida en exploraciones arqueológicas que completen—confirmándolas o rectificándolas— las informaciones históricas (en caso de que las hubiera) sobre las normas de existencia de la masa campesina que formaba el grueso de la población.

No solamente resulta de primera importancia el estudio de los vestigios materiales de los sitios habitados por la población civil, es decir, los objetos que constituían su equipo de trabajo y de vida doméstica, y las habitaciones mismas —o lo que de ellas quede o pueda inferirse—, sino además el estudio de conjunto de tales sitios, a saber, el número de habitaciones de que se componía una comunidad, su distribución en el espacio local, su relación con otros grupos de población y con los centros ceremoniales vecinos, etcétera.

Dos tesis han venido oponiéndose respecto de la agrupación demográfica de los antiguos mayas: una que considera a los cen-

tros ceremoniales como núcleos de verdaderas ciudades, y otra que asigna a la población campesina una distribución en aldeas y caseríos dispersos, con la utilización eventual de los centros ceremoniales para ocasiones determinadas. La dispersión de los grupos habitados era obviamente condicionada por el medio ambiente, es decir, la posibilidad de contar con agua y terrenos cultivables.

El valle de Belice fue seleccionado para el estudio de poblamiento por la presencia de numerosos grupos de habitaciones, en una región de ecología favorable gracias al río que le atraviesa y abona con ricos aluviones, por estar culturalmente ligado a sitios del Petén como Uaxactún, en que con anterioridad se habían efectuado intensos trabajos arqueológicos que suministraron entre otros datos importantes una secuencia cerámica precisa, y por estar comprendido dentro de un territorio típico de la cultura maya de tierras bajas.

Varios sitios vecinos (Barton Ramie, Spanish Lookout y Baking Pot, principalmente) que comprenden numerosos montículos considerados como plataformas de casas comunes, fueron sistemáticamente explorados. El mayor capítulo de la obra, (cerca de 300 páginas de las 589 que abarca en total) está dedicado a la presentación de los datos que proporciona cada montículo excavado, datos que comprenden la descripción e interpretación en términos de cronología relativa a los diferentes estratos del montículo, y de los hallazgos asociados a cada periodo así determinado: entierros y ofrendas. La información se concreta a 65 de los 262 montículos de Barton Ramie, 4 grupos de los 77 montículos de Spanish Lookout y 4 de los 89 de Baking Pot, más el reconocimiento de 8 sitios menores.

El capítulo que en forma sintética trata de la cerámica, presenta la secuencia establecida como resultado del análisis del material de todos los montículos excavados, es decir, como la denominan los autores, la "historia cerámica de Barton Ramie", sitio más importante del valle. La investigación cerámica abarcó unos 250,000 tiestos y más de 250 vasijas más o menos completas, y determinó 215 tipos y variantes que quedaron clasificados en una secuencia de 8 complejos. Estos fueron comparados y relacionados con la secuencia de Uaxactún, en el Petén, y de Benque Viejo y San José, en Honduras Británica. La secuencia de Barton Ramie abarca desde la fase Mamom hasta Tepeu 3 de Uaxactún, más una fase desconocida en Uaxactún y que revelaría una ocupación postclásica del sitio.

El capítulo de los "artefactos" analiza todos los objetos de barro que no son vasijas, es decir, figurillas, silbatos, adornos, malacates, sellos; útiles de pedernal y obsidiana (puntas, cuchillos, es-

coplos, taladros, raspadores); objetos de piedra pulida (metates y sus manos, martillos, machacadores de papel, hachas); adornos de jadeita, pizarra; objetos de hueso y concha (herramienta y adornos). Para todos los artefactos se ofrece una descripción de los objetos en sí, el contexto cultural en que queda incluido y la comparación con objetos semejantes procedentes de otros sitios.

Después de un análisis de los restos de animales (mamíferos, reptiles, aves y moluscos) y de plantas (maíz y algunos semillas no identificadas con seguridad), los autores resumen en un capítulo la interesante información sobre los 122 entierros descubiertos, con los datos usuales (edad, sexo, posición, orientación) para cada uno, y las características funerarias de cada fase de la secuencia definida mediante el análisis cerámico. Algunos rasgos somáticos y las mutilaciones e incrustaciones dentarias merecen breves estudios específicos.

Como conclusiones, se ofrece una reconstrucción arqueológica de la historia cultural de Barton Ramie, desde la llegada, durante la fase inicial de la secuencia cronológica, de los primeros ocupantes a una región entonces selvática, hasta su fase final, en que el sitio permaneció ocupado, aunque con escasa actividad cultural.

Finalmente Willey y Bullard resumen las inferencias que pueden deducirse del estudio de los patrones de poblamiento en el Valle de Belice, para entender la organización de la comunidad. Entre estas inferencias resaltan las relaciones con el medio ambiente (establecimiento de la población civil sobre las márgenes del río); la naturaleza y función de las construcciones que integran cada comunidad (casas para familias individuales, unidades para varias familias, conjuntos para moradores de un *status* social diferente que el de los demás, pequeños centros ceremoniales); la densidad relativa de la población y sus variaciones a través de la secuencia cronológica; la utilización de la tierra, su potencial agrícola, las relaciones entre comunidades, la tendencia hacia un verdadero urbanismo en el Clásico Tardío.

Nos interesó en particular la referencia a la hipótesis de Vogt y otros que discutimos en el Volumen I de estos *Anales de Antropología* (¿Aristocracia o democracia entre los antiguos Mayas?), consistente en que se sugería para el Clásico Maya una organización política en la que los campesinos podían acceder a los puestos religiosos mediante rotación, como ocurre para los cargos en las actuales comunidades de las tierras altas de Chiapas. Refutamos esta hipótesis que no se concilia con lo que sabemos de la compleja vida ceremonial de los antiguos mayas, y Willey opina lo mismo, sugiriendo que el cuadro actual de la organización política en las comunidades chiapanecas puede corresponder a una situación

ANTERIOR al Clásico Maya. Como lo creemos también, fue probablemente el exagerado crecimiento de los centros ceremoniales, aparte de las poblaciones campesinas (construidos a expensas de éstas) uno de los factores que determinaron el colapso de la civilización maya y el regreso a un nivel de cultura de aldea.

Las 36 tablas de cerámica que en una caja de cartón separada completan la obra, presentan el número de tepalcates hallados en cada nivel de cada montículo, su clasificación en los grupos cerámicos que constituyen la secuencia del Valle de Belice, y el porcentaje de cada grupo por niveles estratigráficos. Estas tablas confirman la minuciosa y severa metodología con que la investigación fue llevada a cabo, pero su anexión a la publicación nos parece un alarde superfluo, ya que como elementos del proceso analítico de la investigación, sólo interesan a los especialistas que la realizaron, pero dudamos de que los lectores las consulten. La seriedad de la obra y la solvencia profesional de sus autores eran garantía suficiente de que las conclusiones a que éstos llegaron en cuanto a la secuencia cerámica estaban basadas en un exhaustivo estudio del material y en un análisis hecho con el mayor rigor científico.

ALBERTO RUZ LHUILLIER